

desde el momento en que se tiene la evidencia que los proyectiles del enemigo no pueden ni siquiera abollar las corazas de los barcos propios ¿será permitido, hundir impunemente los indefensos de ese enemigo, con todos sus tripulantes? La muerte accidental de uno solo de los suyos ¿los autorizaba en retorsión bélica, á teñir los mares en púrpura, con la sangre inocente y generosa de cerca de ochocientos héroes mártires? Por derecho de victoria, ¿pueden ser presa de guerra, millones de hombres civilizados y libres? ¿Pueden los hombres, á fines del siglo XIX de la era cristiana, ser considerados como acesión del suelo y traspasados de una mano á otra, como ganados de bestias?

Si con la proclamación de semejantes doctrinas y la sanción sangrienta de tales principios, el mundo entero está horrorizado y escandalizado, ¿cómo estaremos compungidos los pueblos débiles y alarmados los vecinos? Y cuanto hagamos en el orden meramente humano para conjurar el peligro, serán votos además de estériles, infames ó criminales. “Tal vez sea un bien, dicen algunos, el peligro que como un mal

tanto tememos.” Sólo de escucharlo, rugen indignados, y lanzan no se sabe si un ahullido de desesperación ó un sollozo de dolor inmenso, los restos de las razas latinas, que ultrajados y escuálidos, vagan en la Florida y Texas, la Luisiana y California. “Tenemos tiempo, dicen otros; no caerá el rayo sobre nuestras cabezas, sino sobre las de nuestros hijos”: es monstruoso y horripilante ese voto parricida. El que así hizo, el impío Luis XV, fué escuchado para su eterno oprobio: en vez de la suya rodó sobre el patíbulo la de su inocente nieto, la de Luis XVI, ese rey mártir. Una sola debe ser nuestra esperanza: no tener humanamente ninguna. Cuando se agotan todos los recursos humanos, hay que apelar á lo desconocido... y lo desconocido entonces, es Dios con su eterna justicia y su misericordia infinita.

Lo que tiene de más grande la fe, es que ella engendra la esperanza. ¿Acaso no tenemos Madre? ¿Su poder se ha acertado ó ha menguado su ternura? Si antes se derrumbarían la tierra y los cielos, que Ella dejara perecer á uno de los suyos, ¿qué no hará por todo un pueblo, que atribulado y

reverente, que confiando y sollozando se arroja en sus brazos, para pedirle la independencia de su patria, ese bien tan grande en el que tantos bienes se compendian?

Hacemos bien en celebrar este tercer aniversario de la coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe. Fué aquel un solemne homenaje de amor y reverencia, que en vano quiso la impiedad entibiarlo y enturbiarlo, arrojando dudas sobre la verdad del milagro. No está sujeta al criterio de eruditos cavilosos ni de anticuarios extravagantes: la de la Aparición, es una verdad de sentimiento y de hechos.

Aquí estoy, dijo, la Santísima Virgen al descender entre nosotros, para ser vuestra madre y para escuchar más de cerca vuestros ruegos. Allí está todavía: nuestro amor y confianza, pueden poner á prueba su lealtad, su poder y su clemencia. Con el corazón y los ojos anegados en llanto de ternura y de rodillas á sus plantas, lo que tanto necesitamos, de Ella y por Ella esperamos alcanzarlo: una república magnánima y sincera, en la que quepan todas las ideas y sentimientos honrados, y á cuyas urnas de sufragio, puedan acercarse juntos y fra-

trenalmente confundidos, el altivo colono europeo y el postergado indio, el apático criollo y el mestizo inquieto; una libertad leal y verdadera, de almas y por dentro, que legisle lo justo, que crea que toda soberanía es santa porque viene de Dios y que no incline la cabeza ante los hombres sino sólo ante la majestad de la ley; y un trabajo abundante y regenerador, que sea no sólo el sustento de nuestros cuerpos, sino la tranquilidad y el porvenir de nuestras esposas y de nuestros hijos.

Roguémosla sobre todo, que Ella, la fortaleza de los débiles, conjure la formidable tormenta que se cierne ya sobre nuestras cabezas. Por rigurosos que sean nuestros destinos, que nos dé la Virgen Santa, valor para arrastrarlos como cristianos y varones, sin arrogancia y sin bajeza; ó la resignación al menos, que es el consuelo supremo en el infortunio, porque es la esperanza inmortal en lo eterno. Tremendo sería, tener que morir como esclavos y en inglés! Si México, si ésta nuestra patria tan entrañablemente querida, ha de ser borrada del catálogo de las naciones, la Virgen Poderosa, Auxilio de los cristianos, nos conceda al

menos morir como hombres libres y con el rostro levantado; morir, como el poeta Zorrilla lo deseaba: "mirando de cara al sol, y á Dios su oración postrera dirigiendo en español."



INDICE.

	Págs.
Biografía del autor.....	V
Discurso pronunciado en la Asamblea general de la "Sociedad Católica" de México, el 8 de Diciembre de 1869.....	1
Discurso pronunciado en la Asamblea general y pública, celebrada por la "Sociedad Católica" en la noche del 8 de Diciembre de 1871, en honor de la Inmaculada Concepción de María.....	33
Discurso pronunciado en la Asamblea general de la "Sociedad Católica" de México, el 8 de Diciembre de 1872.....	57
Discurso pronunciado en la Asamblea general de la "Sociedad Católica" de México, el 8 de Diciembre de 1873.....	85
Discurso pronunciado en la Asamblea general de la "Sociedad Católica" de México, la noche del 8 de Diciembre de 1875.....	113
Discurso prsnunciado en la Asamblea General de la "Sociedad Católica" de Puebla, el 8 de Diciembre de 1881.....	139